

VALLEJO Y SU GÓLGOTA EN LA TORRE DE EIFFEL

Edmundo Torrejón Jurado

Jamás la tristeza tuvo tanta autoridad como en César Abraham Vallejo Mendoza. Era París —el del Sena glacial—, transcurría un Viernes Santo del 15 de abril de 1938. El poeta de vida y obra, excelso y enaltecido, desdeñado y renunciado, bebía su tránsito al infinito. Los Campos Elíseos difuminaban su dueto con aquel otro rapsoda incomprendido y asceta, el de la Galilea esotérica, el de la aureola de espinas: ¡Eloi, Eloi!... ¿Lama Sabactani? ... ¡Dios mío, Dios mío!... ¿por qué me has abandonado? Habían transcurrido 46 años de Vía Dolorosa.

Ella se había iniciado un 16 de marzo de 1892 en un villorrio denominado Santiago de Chuco, en una zona alta de la región de La Libertad, en el Perú milenario y circunscripto. Su estirpe, mestiza: provenía de Francisco Vallejo y de María de los Santos Mendoza. Y originariamente de abuelas indias y abuelos galaicos.

Para arribar a su Gólgota (¡ay!, Viernes Santo), en la torre de Eiffel, fue tallando su cruz, caída tras caída, quimera tras quimera, lucha tras lucha, con los buriles del dolor y de la injusticia, tanto personal como humana. Su sayal: producto de sí mismo, de su raza, de su ambiente y de su propia tragedia. Penuria existencial y social al son de poemas siderales y superlativos.

El entorno familiar —aún infante— lo induce al claustro sacerdotal. Referencias investigativas señalan su aceptación primigenia. Su bienestar a la vera de púlpitos y Evangelios es evidente. Este acontecer quién sabe justifique la existencia de abundantes rastros religiosos y bíblicos en sus primeros poemas. Enuncia Vallejo: “Haber nacido para vivir de nuestra muerte”. En otro fundamenta: “Pero dadme por favor un pan para sentarme”. Quién sabe signifique también un refugio ante la tormenta cotidiana, que ya se pergeñaba impertérrita en su seno de llagas.

La verdadera enajenación es pues la muerte diaria, cotidiana, o, lo que es igual, la vida a medias o nunca vivida. Desde su mocedad él vive de sus hambres y desamparos. En 1910, pretende la Facultad de Letras en la Universidad Nacional de Trujillo. Ingresa como alumno aventajado, pero su condición económica de escasísimos recursos le impide continuar.

Pero no es sólo la miseria personal la que sustenta su sino, es también la social. En busca del peculio para retornar a su formación académica, entre 1910 y 1911 labora en las minas de Quiruvilca y en una hacienda azucarera en el valle de Chicama. En ambas experiencias se enfrenta con la inhumana realidad del minero desahuciado y la explotación inmisericorde de los peones indios desamparados. Sus testimonios posteriores —lacerantes y de alegato encendido— serán tribuna de acusación y de reproche: en su novela *El Tungsteno* y en sus versos del poemario *Trilce*.

La sinrazón y el rechazo vehemente del cotidiano beber la sangre del hombre por el hombre para edificar una riqueza no ecuménica, será savia que perdurará sempiterna en sus fueros intrínsecos: sensibles, rebeldes e inteligentes. En su eterno ritual del dolor y el desencuentro existencial, no podía faltar el Getzemaní del amor contrariado.

En 1917 cruza su senda “Mirtho” (Zoila Rosa Cuadra)... ¡De pronto es la exaltación del espíritu y los sentidos!... Dura lo que dura la obertura de una aurora. Al parecer Vallejo intenta cercenarse la vida a causa del desengaño. En 1918, la maga inspiradora de varias de las trovas de su prodigioso poemario *Trilce*, Otilia Villanueva —una candorosa adolescente de 15 años de edad—, le obsequia otra tormentosa relación afectiva, y, además, como corolario de ésta, le causa la pérdida de su puesto de docente, tan difícilmente conseguido luego de asaz intentos infructuosos anteriores. Morir de vida y no sólo de tiempo. Los designios siembran en el devenir de Vallejo giroscopios sorprendentes e insospechados: ¡De pronto la injusticia hiriendo con su guadaña a sus huertos y jardines!

*Oh las cuatro paredes de la celda
Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número.*

En mayo de 1920, al poco tiempo de uno de sus tantos retornos a Santiago de Chuco, se suscita un incendio y posterior atraco en una mansión de una familia acaudalada de mercaderes. El poeta acusado injusta e inicua mente de participar y alentar tales hechos, es preso y encarcelado en una prisión de Trujillo. Permanece allí desde noviembre de 1920 hasta febrero de 1921.

Profeta de lamentos y mensajes sumos, los cauces originarios de sus manantiales literarios fueron recibidos por páramos y riscos. “El libro (se refiere a *Trilce*, 1925) ha nacido en el mayor vacío. Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética”, escribe Vallejo a Antenor Orrego, su prologuista. En esos asertos, sin embargo, se percibe ya el estandarte irrefragable de la formidable fe en sí mismo, que enarboló el vate en todas sus batallas, ¡y que no fueron pocas!

La Lima elitista y feudal, la del rancio abolengo, de los años 20, luego de lograda su excarcelación en Trujillo, recibe gélida y esquiva al poeta. En ocasiones, mucho más agresiva: ¡Ignorando su inconmensurable valor literario! Para academistas del romanticismo en boga, ¡cuán difícil es asimilar al Vallejo creador nato, a su poesía innovadora y al léxico casi arbitrario con el que se expresa! ¡Cuán difícil les resulta aquilatar a ese hombre de testa pétrea y de tristeza india abriendo surcos a un nuevo arte literario en amparo de lo insoslayablemente humano!

Huérfano absoluto (pierde a su madre en 1918), se embarca en el paquebote Oroya, en junio de 1923, rumbo al Viejo Mundo, arriba a París a mediados de julio, con 500 soles en las magras alforjas. El París de Juan Larrea, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Tristán Tzara, Pablo Picasso, le abre sus cobijos espirituales y fraternales. No así el Arco del Triunfo de la Bolsa de Valores. ¡Cuántas noches tiene que pernoctar a la intemperie!

Sin embargo: ¡La intelectualidad descubre en el peruano adusto, un manantial innovador! Antes que el Dadaísmo de Bretón, Max Ernst, Dalí, Eluard y otros grandes iniciara la búsqueda de lo que yo denomino “el otro lado de la palabra, la música o la imagen”, Vallejo lo había hecho. A su vez, La Bastilla, Notre Dame, Las Tullerías, El Panteón, le brindan al vate latinoamericano una perspectiva universal. El mundo marcha, para entonces, hacia metas de cambio irrefrenables —utópica o reales— y Vallejo se compromete decididamente con ellas. Visita la Unión Soviética —la del Kremlin Rojo— en varias oportunidades. El dolor personal lo proyecta hacia el padecimiento social y apuesta por una solución integral.

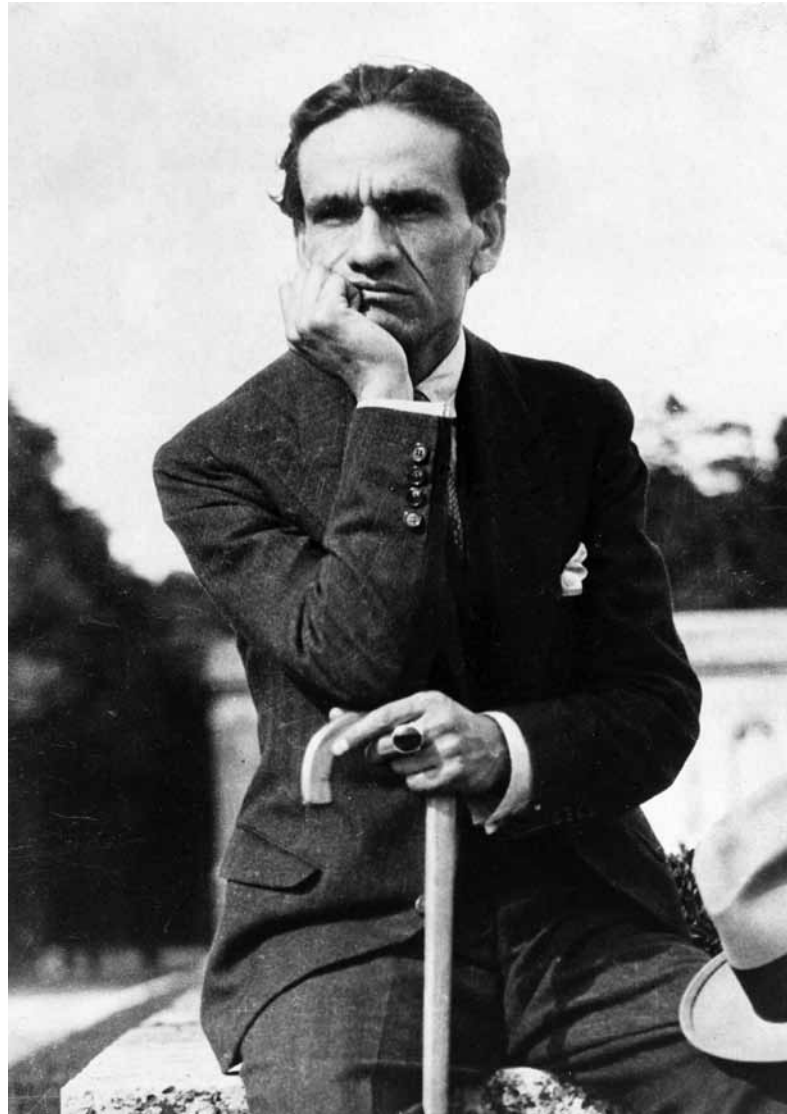
*¡Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,
el que vela el cadáver de un pan con cerillas...!*

Tal vez sea importante precisar: para el bardo, esta filosofía de la desposesión tiene un carácter social y político muy concreto: rescatar a los marginados para edificar un mundo nuevo.

*El que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio.*

Aunados y sumados, los menesterosos y desamparados serán pabellones de un verdadero cambio de la historia.

Ingresa al Partido Comunista Español. Su reportaje “Rusia en 1931” se difunde con éxito notable. Tildado de socialista es obligado a abandonar Francia en 1930. Se refugia en España. Lo recibe un Madrid esperanzado y anhelante, en circunstancias de proclamar la Segunda República y con él: Rafael Alberti, Federico García Lorca, Gerardo Diego, Miguel de Unamuno. Se incorpora con energía al “Comité Iberoamericano para la Defensa de la República Española”. En 1932 —beneficiado con un armisticio— retorna a París. Se repiten los mismos acontecimientos de su primer arribo a esa metrópoli. Peregrina en pensión en pensión y de hotel en hotel, ornado por unos



bolsillos miserables. Tal fatigosa situación mejora trabajando como articulista en distintos medios de comunicación y cultura, tanto europeos como sudamericanos. Pero su creación literaria disminuye acentuadamente debido a esta labor insustancial del “pane lucrando”. El Vallejo que, desde su primer libro, parecía que vivía y no vivía en este orbe, va apostando por abandonar todo vínculo con éste. Se avecina implacable su “última cena”. Estalla la Guerra Civil Española.

El poeta siente la agresión del oscurantismo como una mutilación proyectada hacia la historia de la humanidad.

*Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae...*

*Niños del mundo, está
la Madre España con su vientre a cuestras;
está nuestra maestra con sus férulas...*

Con vehemencia extrema se afana en todo comité y organización que enarbole la salvaguardia de la República Española. Organiza con otros intelectuales de alto nivel el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. Visita el frente de lucha de Madrid. El resultado de la ignominia-ensayo, organizada desde el corazón de los futuros contendientes de la segunda conflagración mundial, es por todos conocido.

¿Será el de Vallejo un magnicidio más perpetrado al espíritu y el intelecto, de los tantos cometidos por la barbarie franquista? A poco de un Viernes Santo, Louis Aragón homenajea sus exequias en un París que llora al vate con un cielo gris con llovizna. Muchos años más tarde —cumpliendo los deseos en vida del trovador de la tristeza y la angustia— se trasladan sus restos al cementerio de Montparnase. Enuncia su epitafio: *Ha nevado tanto para que duermas.*

Salvado algún tiempo del tránsito de César Abraham Vallejo Mendoza, su última compañera Georgette Philipart —a quien una gitana había presagiado: “un hombre feo pero luminoso ha cruzado el mar y tú serás su sostén amoroso”—, hace su razón de vivir el difundir la obra literaria del peruano sumo. Tal afán cobrará una repercusión inusitada. Al asimilar sus estrofas, generación tras generación es cautivada por su pericia primordial y creatividad suma. Lo mismo que por el manejo del lenguaje, en ocasiones tan distante de normas preestablecidas. El importante crítico Thomas Merton sostiene: “Vallejo es el más grande poeta universal después de Dante”. Muy pocos poetas latinoamericanos han sido favorecidos por tantos estudios críticos y analíticos de su obra. Su deambular literario por los senderos del modernismo, vanguardismo y etapa revolucionaria, enriquece múltiples textos de erudición exclusiva. Cátedras en diversas universidades, convocan al conocimiento y valoración exclusiva de sus escritos.

Al final del balance, su vida, que estuvo rodeada de oscuras premoniciones, a través del sudario de sus poemas: ¡Venció irremediablemente a la muerte! César Abraham Vallejo Mendoza, no retorna nunca más al Perú, aunque se siente siempre asediado por la nostalgia de su patria lejana. En dos oportunidades devuelve los pasajes que lo restituirían al solar de sus ancestros. Pero lo que jamás devolverá son los boletos de su superstición indígena, de su identidad mestiza y de su peruanidad indefectible.

El profeta magno de la marginalidad. El condotiero gris de la tristeza infinita. El iluminado del enunciado bíblico. El prestidigitador de la palabra, que aúna en su lenguaje penetrante: religión e historia; revolución y revelación, desde su Gólgota-Eiffel, nos susurra ataviado con su traje de lágrima, imperecedero en el orbe:

*Madre, me voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.*

Y agrega:

*Padre polvo que vas al futuro,
Dios te salve, te guíe y te de alas,
Padre polvo que vas al futuro.*

Y en todo Viernes Santo, a la vera del Sena —para eternas memorias— convocará un Grial de pueblo y de injusticias, con vino de Vallejo, consagrando un legado que porte al desheredado hacia un mundo más justo: *Hombre, en verdad te digo que eres el Hijo Eterno.*

Xanadú de San Isidro, primavera de 2010 ☒



Edmundo Torrejón Jurado. Médico y escritor boliviano. Fue Presidente de la Sociedad de Escritores de Bolivia (SODESBO). Es actualmente Secretario de Relaciones Internacionales de la misma. Su obra poética ha sido traducida al inglés, francés, italiano, polaco y árabe. Ha sido invitado a dictar conferencias y presentar sus textos en América, Medio Oriente y Europa.